

COOPER, Edward: **La fortificación de España en los siglos XIII y XIV**, Madrid, Ministerio de Defensa y Marcial Pons Historia, 2014, 2 vols. 1.125 págs., ISBN: 978-84-9091-011-5.

Anunciada desde hace años, la aparición de la esperada monografía de Edward Cooper acerca de la fortificación española de los siglos XIII y XIV constituye un acontecimiento historiográfico que hay que celebrar, veinticuatro años después de que apareciera su *Castillos Señoriales en la Corona de Castilla*. Más de mil páginas necesitan tiempo de elaboración, lógicamente, pero además de jornadas de trabajo delante de un escritorio, la obra que acaba de ver la luz es el resultado del reposo y la madurez de quien ha acumulado a lo largo de su vida muchas más horas de archivo y campo, de observación y carretera; de quien ha tomado centenares de fotografías que constituyen todo un corpus de incalculable valor documental e histórico en sí mismo —véase el yugo y las flechas pintadas con cal sobre un lienzo del castillo de Jalance (fig. 231) que, por la fecha de la fotografía (1966), evidentemente es falangista y no atribuible a los Reyes Católicos, cuya intervención constructiva en la fortaleza no nos consta. En definitiva, es la obra, también, de quien en la actualidad cuenta con el tiempo necesario que el forzado retiro administrativo impone a los mejores académicos.

El libro, editado en dos volúmenes por Marcial Pons y el Ministerio de

Defensa —combinación más que adecuada si hablamos de un libro de Historia, cuya introducción declara que «los siglos XIII y XIV evidencian en España una aspiración hacia la nacionalidad unitaria» (p. 23)—, recuerda en sus solapas algunos datos de la biografía del autor, entre ellos uno que pudiera parecer irrelevante o excéntrico, pero que no lo es: «Su casa tiene fama porque la cocina es un *Mondrian* en tres dimensiones». Y lo cierto es que como el pintor, Edward Cooper no se detiene en el detalle descriptivo, en la mimesis de una naturaleza muerta representada por los castillos, ni pierde energías en repetir lo que otros observadores hubieran ya desmenuzado. Excepto algunas distancias kilométricas y cantidades, no encontrará el lector en el libro datos referenciados con el sistema métrico decimal, lo que significa que las pinceladas del autor no son las del pintor naturalista o figurativo, ni sus intereses los del arqueólogo pegado a una cinta métrica. La «nueva plástica» que transmite su discurso no podía estar constreñida a datos meteorológicos; necesariamente se hace esencial y adopta una perspectiva amplia sobre el espacio y el tiempo que ocupan las fortificaciones estudiadas. Como Mondrian, Cooper descompone su mundo natural, el

de la fortificación hispana en este caso, tratando de llegar a una visión global de la historia de dos siglos a través de unos monu(docu)mentos concretos. Por la amplitud del tema, obligatoriamente ese destilado pasaba por elegir diversos prismas de análisis, enfoques determinados que, sin posibilidad de ser exhaustivos —y sin llegar a serlo—, sí que podemos considerar suficientes y panorámicos (poliorcética, coronas, fronteras, poder lanar, etc.). El libro, igual que los cuadros de madurez del pintor holandés, se asemejaría a un mosaico geométrico de capítulos cuyas líneas precisas, lejos de separar planos de colores primarios o ámbitos de estudio independientes, sirven para conectar realidades y datos históricos alejados, que otros análisis hubieran pasado por alto; líneas que ayudan también a trazar paralelos morfológicos y arquitectónicos, en muchos casos plausibles y agudos, pero también en ocasiones poco verosímiles e incluso improbables; vectores que pueden poner en relación el castillo de Goliath en el Líbano con Sádaba en Aragón (pp. 58-59); Belvoir en Israel —que, por cierto, sí tiene sillería almohadillada (p. 58)—, con Perpiñán, en Francia o Albaida, de nuevo en tierras aragonesas (p. 90); el sevillano castillo de Cote con la *Torre de Clifford*, que el propio autor sitúa en la *Pérfida Albión* (p. 446); u Olite en relación con algunos castillos levantados por Eduardo I y su nieto Eduardo III en Gales e Inglaterra, respectivamente, así como con varios monumentos franceses (pp. 916-921).

Bajo este prisma el lector se enfrenta, en consecuencia, al reto de seguir el discurso docto del autor que, generalmente, con fortuna pero también con el riesgo de perdersnos, es capaz de saltar sobre planos distintos

de la realidad asociada a la arquitectura militar. Con quiebros, a veces demasiado bruscos, como los ángulos rectos de Mondrian, el texto avanza con lo que parece una deliberada intención por someternos a un examen de agudeza visual, comprensión lectora y erudición del que no siempre se sale airoso, ni tampoco realmente informado de lo que el autor nos hubiera podido contar si el discurso hubiera sido más lineal, organizado y accesible. Para esta circunstancia cabe un eximente, sin embargo, ya que la amplitud del tema dificulta la misión propuesta de ofrecer explicaciones complejas y poliédricas sobre «lo que es el objetivo de la fortificación, sus propiedades defensivas, su lógica estructural, su integración en el paisaje y su relación con otros edificios, tanto próximos como distantes» (p. 23).

En su declarado empeño, el autor ofrece ejemplos, paralelos y ramificaciones de los temas abordados que, con excesiva facilidad y, a veces, con no suficiente justificación, son demasiado distantes precisamente. Las comparaciones de algunos castillos hispanos con obras del contexto cruzado de ultramar son muy recurrentes, pero la lejanía geográfica y cronológica no siempre se salva con argumentos convincentes; los lazos genéticos de ciertos elementos morfológicos parecen, en ocasiones, forzadas influencias de difícil verificación que, como advierte el propio autor con palabras prestadas, podrían ser simples semejanzas formales en monumentos con improbables contactos (p. 204); al mismo tiempo que, sin embargo, las más potenciales influencias que la arquitectura islámica pudo haber ejercido sobre las obras castrales hispano cristianas, son poco exploradas o simplemente puestas en

relación con ejemplos como la Giralda o la Torre del Oro (p. 69).

No contribuyen a la claridad del discurso algunos extraños giros lingüísticos que dan fe de que, pese a la alta capacidad del autor para expresarse en español, ésta no es su lengua materna, y de que, efectivamente, no se ha recurrido al servicio de apresurados y potencialmente descuidados traductores —a veces tampoco parece haber intervenido un corrector de estilo, o si lo hubo pasó «olímpicamente» de corregir expresiones demasiado coloquiales (n. 72)—. A cambio de unos pocos errores, la escritura es viva, inteligente y capaz de esbozar algunas sonrisas en el lector, incluso a partir de capítulos improbablemente humorísticos, a priori, como el dedicado a la historiografía sobre el tema.

Con todo, nuestra percepción del libro está traspasada básicamente por la admiración que supone la magnitud de la empresa acometida, y estas palabras no intentan ser sino un mero aviso a los futuros lectores acerca de la densidad de un texto cargado de información histórica. Cualquiera que se adentre en sus páginas sabrá reconocer que lo ha hecho en un verdadero libro de historia medieval compuesto fundamental, pero no exclusivamente, gracias a «documentos históricos» (p. 27) tridimensionales sobre cuya realidad el autor penetra gracias a su observación material arqueológica y arquitectónica, mediante el concurso de fuentes escritas narrativas, documentales o epigráficas, o a partir, también, del cotejo con materiales (foto)gráficos y artísticos muy reveladores. Nuestra labor de guía para su lectura nos lleva a formular otra advertencia, en este caso acerca de la estructura de la obra, dividida en siete capítulos y un largo epílogo, todos los cuales,

excepto el primero, van acompañados de una relación de castillos tratados monográficamente que sirven de ilustración al contenido de cada parte. En este sentido, hubiera sido muy útil que un índice analítico recogiera la nómina de ese selecto grupo de fortalezas, pero más adecuado creemos que hubiera sido que a dicho club ingresaran solo miembros de probada pertinencia. El autor no siempre revela por qué un castillo determinado es incluido entre los que reciben una atención particular al final de cada capítulo, y por nosotros mismos no somos capaces de encontrar ese mérito o ligazón entre su contenido y la lista que lo acompaña. No entendemos tampoco por qué algunos de los que son mencionados en el relato inicial de cada epígrafe solo provocan un comentario al pie de alguna fotografía, y no un desarrollo más detallado, como pudiera esperarse. Y, por último, creemos que la nómina resulta (aparentemente) un poco desordenada y discontinua cronológica o geográficamente.

Acerca, también, del armazón estructural del libro que, como resulta evidente, es en sí mismo una declaración de intenciones y, entendiendo que Cooper hace una necesaria selección de la información disponible sobre ámbitos de estudio que deben guardar cierta coherencia, no deja de llamar particularmente nuestra atención que se dedique un capítulo a las fortalezas templarias, desgajadas del resto de fortificaciones que las órdenes militares levantaron y mantuvieron en la Península Ibérica en los siglos estudiados. El patrimonio de las otras instituciones es mucho más vasto, y ello es posible que disuadiera al autor de integrar su estudio en un trabajo de conjunto como este, pero el vacío que supone no tratar, con el mismo espíritu global que sugiere el resto de la obra, el

patrimonio castral de las órdenes militares, nos parece un vacío muy notable en el planteamiento de la misma que no se minimiza con el comentario sobre la labor constructora de algunos maestros o con la mención particular de ciertos ejemplares que van salpicando varios capítulos del libro. En nuestra opinión, las órdenes hubieran merecido un octavo capítulo donde desarrollar un estudio más detallado de la lógica que explicaba la distribución territorial de su patrimonio fortificado o sobre la formación del mismo, en relación a la importancia de estas instituciones y sus castillos en los acontecimientos políticos del momento, acerca de los mecanismos de mantenimiento y financiación que sostenían aquel conjunto, o a propósito, también, de su funcionalidad militar y económica, asuntos sobre los que tenemos significativas cantidades de información dispersa. Seguramente eso hubiera retrasado mucho más tiempo la aparición del libro que comentamos y hubiera supuesto un esfuerzo ingente, pero insistimos en recalcar esa ausencia y el hecho de que tampoco se hayan tratado con suficiente extensión los castillos de las órdenes en uno de los capítulos en los que esperábamos encontrar alguna respuesta en este sentido, nos referimos al dedicado al «Poder lanar», donde solo Segura de la Sierra (pp. 838-841) y Terrinches (pp. 896-897) son brevemente comentados, cuando una parte sustancial de la relevancia económica y patrimonial de las órdenes es bien conocido que se sostuvo en la propiedad

de extensos rebaños trashumantes, cuya alimentación en dehesas y cuyo tránsito por caminos, cañadas, vados y puentes, estuvo vigilado y fiscalizado desde numerosos castillos.

Estamos, en cualquier caso, ante una magnífica síntesis, cuyo gran mérito, aun siendo útil y prolija en datos en una lectura parcial, no estaría solo en la distancia corta, sino en su comprensión global. Como un cuadro que se puede admirar desde muy cerca, pero cuya percepción en conjunto es esencial, la realidad de la arquitectura militar hispana de los siglos XIII y XIV no hubiera admitido un tratamiento menos panorámico que el que ofrece el autor, con todos los riesgos que, como hemos visto, dicha ambiciosa propuesta encierra. Libre de corsés administrativos, ajeno a límites provinciales que cualquier consejería autonómica o editorial local hubiera impuesto, y sin el pudor crítico que tanto atenaza a los autores nacionales, el libro es esencial para comprender la realidad de la arquitectura militar hispana en su contexto histórico y tecnológico; en cuanto realidades complejas y no meros artefactos que podamos estudiar aislados; y tratando, en definitiva, a las fortificaciones como «documentos históricos» complejos susceptibles de ser analizados en su materialidad y morfología, pero también en su funcionalidad múltiple y su significado en el desarrollo de procesos o acontecimientos históricos concretos.

---

*J. Santiago Palacios Ontalva*

Universidad Autónoma de Madrid

santiago.palacios@uam.es